

Tu Papel Esencial en Estos Tiempos

Mary Ellen Smoot

Por medio de cosas pequeñas y sencillas se realizan grandes cosas.—Alma 37:6

Mis queridas hermanas, hemos compartido momentos muy significativos durante esta conferencia. ¿Se dan cuenta ustedes de lo magníficas que son y cuánto aportan a esta iglesia? Estoy agradecida de estar aquí con ustedes, y de poder examinar juntas nuestro papel esencial como miembros de esta gran iglesia y como hermanas de la Sociedad de Socorro.

Me pregunto si a veces no subestimamos la influencia que ejercemos y el efecto positivo que tenemos cada una de nosotras en el hogar, en la familia, en el barrio, en la comunidad, aun en el mundo. Había una anciana de noventa años de edad que dio oído al Espíritu y sabía que de alguna manera, a pesar de estar casi ciega, podía hacer algo para ayudar; las hermanas de la Sociedad de Socorro de un barrio que encontraron la forma de ayudar a algunos niños a quienes jamás conocerán; y la mujer que siguió el ejemplo del Salvador y extendió la mano para ayudar a otra.

Es esencial que siempre tengamos en cuenta al individuo. Como dijo el Presidente Gordon B. Hinckley, "Estamos llegando a ser una gran sociedad global. Pero nuestro interés y nuestra preocupación siempre debe ser el individuo. Cada miembro de esta iglesia es un hombre o una mujer, un niño o una niña individual" (Gordon B. Hinckley, *Ensign*, May 1995, p.52).

Como madre yo aprendí este principio de la importancia del individuo. Pasé muchas tardes en los partidos de béisbol de mi hijo. Me la pasaba conversando con las otras madres; pero cuando le tocaba a mi hijo batear, yo dejaba de charlar y fijaba toda mi atención en él.

En aquellos momentos era su turno para lucir, su oportunidad para hacer una jugada, y en aquellos momentos el equipo dependía de él. A veces le tocaba caminar a primera base, a veces ponchaba, a veces bateaba y corría a primera base, y de vez en cuando hacía un home run. Cada turno con el bate le dio oportunidad de aprender, de cambiar, de mejorar. Cada turno le dio una nueva oportunidad de influir en el resultado del partido. Su contribución individual era esencial para el éxito del equipo. El participar le ayudó a progresar; sin embargo, cada vez que a él le tocó batear yo aguanté la respiración y esperé lo mejor.

Hermanas, hablando ahora de lo espiritual, en el partido de la vida ya nos toca a nosotras batear. Nuestra manera de acercarnos a la base, de batear, y de seguir las palabras del entrenador influirá mucho en el resultado en este último período del mundo. Esto es más que un juego. Es una batalla. Y si queremos tener un efecto positivo tendremos que estirar nuestros músculos espirituales.

El Señor quiere que ayudemos a adelantar su obra. Podremos hacerlo mejor al aumentar nuestra fe en Jesucristo por medio del arrepentimiento, la obediencia, y el sacrificio; al aprender a orar con poder varias veces al día; y al reconocer la revelación y responder a los susurros del Espíritu Santo.

El Señor quiere que todas entendamos su palabra, lo cual requiere que meditemos en las escrituras todos los días.

Podemos mejorar en nuestra manera de tratar a los demás. Ya no es tiempo de criticar, de menospreciar, o de quejarnos de ninguna de nuestras hermanas. Si hubiera algún problema con otra persona, traten de resolverlo. Reconozcan la parte que hayan tenido ustedes en el problema y arrepíentense. Entonces perdonen, y olvídense del asunto. El Señor nos ayudará a hacerlo si le buscamos. Cada hermana debe sentirse dispuesta a compartir sus dones espirituales y sus habilidades únicos. Lo importante es recordar que el evangelio nos unifica y nos provee de una base común, y que el Señor se complace cuando hay unidad de corazón.

En otras palabras, se acabó el entrenamiento. Ya empezó el partido, y cada una de nosotras es parte esencial del equipo. Cada una tendrá oportunidad de tomar el bate y de calentarse. Ninguna otra puede hacer la obra que a cada una se nos mandó hacer. Adelantaremos la obra de la Sociedad de Socorro por medio de las obras de cada miembro de ella.

En septiembre del año pasado, el Presidente Gordon B. Hinckley nos dirigió en la reunión general de la Sociedad de Socorro, dando consejo profético a las mujeres de la Iglesia. Dijo, "Cada una de ustedes es parte de esta enorme empresa, la Sociedad de Socorro, una gran familia de hermanas, de más de cuatro millones en número. En ese número de ustedes en todo el mundo yace el poder de realizar un bien incalculable."

A continuación dio este desafío, "Levántense, hijas de Sión, acepten el gran reto que tienen ante ustedes" (*Liahona*, enero 1999, pág. 117).

Esas palabras penetraron profundamente en mi corazón. Mientras nuestro profeta nos hablaba, tuve la profunda impresión que nos estaba pidiendo a nosotras, las mujeres de la Iglesia, a magnificar nuestro papel de una manera sin precedente. Tal como Moroni alzó el estandarte de la libertad para juntar a su pueblo para la batalla (Alma 46:12), nuestro profeta llamó a cada mujer de la Sociedad de Socorro a que tome su lugar en el campo de batalla del siglo veintiuno.

La súplica del Presidente Hinckley era que nos diéramos cuenta que las mujeres de convenio somos diferentes a las mujeres del mundo. Nos expresó claramente su esperanza de que cumplamos con nuestra parte crucial en la preservación de la familia. El confía en que podamos ejercer una influencia en el mundo y ayudar en los preparativos para la segunda venida de nuestro Salvador.

Tal vez ustedes hayan sentido igual que yo, emocionada por la confianza que él

deposita en nosotras, y a la vez asustada por la responsabilidad. Pensé en mi tatarabuela paterna, Sarah Stoddard, quien tomó la decisión hace muchos años de ser una mujer de convenio. Un pequeño párrafo de su historia personal cuenta que llegó el llamado de salir de Nauvoo sólo un mes después del nacimiento de su sexto hijo. Era claro que ella no estaba en condiciones de hacer un viaje tan difícil. El bebé estaba nuevito, y Sarah aún no había recobrado la salud. Me la puedo imaginar, tratando de decidir entre el quedarse en circunstancias conocidas y cómodas o el dejar otra vez a sus posesiones terrenales y viajar con su esposo y sus niñitos a un lugar que el profeta sólo había visto en visión.

Pero se decidió. Empacó sus cosas y empezó con su familia el arduo viaje hacia el oeste. Puedo imaginar sus sentimientos cuando al voltear a ver a su hogar en Nauvoo por última vez lo vió en llamas.

Su viaje no duró mucho, pues murió en camino. A las cinco semanas murió el bebé. Trágicamente su esposo también murió poco más tarde. Enterraron a los tres en un pequeño cementerio de Montrose, Illinois. Los cinco huérfanos continuaron solos a Salt Lake. Mi bisabuelo, Charles Henry Stoddard, era el mayor de los cinco.

Mujeres del mundo dirán que me abuela escogió mal, pero yo sé que no fue así. Es probable que ella no pensó en el poder que tendría su ejemplo de fidelidad. Sin embargo ella puso los cimientos del testimonio en mi bisabuelo, quien lo pasó a mi abuela, y ella a mi padre, y él a mí. Yo sólo espero haber podido continuar la tradición al pasar esas semillas de la fe a mis hijos, y esperamos que ellos a su vez las pasen a sus hijos. Muchas bendiciones han resultado de la decisión que tomó mi abuela Stoddard de seguir al profeta.

Bien, ¿y qué de nosotras, de ustedes y de mí, las pioneras del próximo siglo? ¿Qué se escribirá de nosotras? ¿Tenemos una comprensión firme de nuestro papel y misión como mujeres miembros de la Iglesia de Jesucristo de la Santos de los Últimos Días?

Al mirarles las caras casi puedo escucharles decir, "Será que en verdad yo pueda ejercer alguna influencia? Soy sólo una persona, y no soy muy importante. Mi contribución es pequeña." Hermanas, yo testifico que cada una de ustedes es parte de la gran obra que visualizó el Presidente Hinckley. Al tranquilamente someter su voluntad al Señor, cada hermana fiel se convierte en vaso puro por medio del cual El puede efectuar su obra. Los eventos trascendentales en el mundo resultan de actos muy pequeños.

En el libro de Alma se nos enseña, "Ahora bien, tal vez pienses que esto es locura de mi parte; mas he aquí, te digo que por medio de cosas pequeñas y sencillas se realizan grandes cosas; y en muchos casos, los pequeños medios confunden a los sabios" (Alma 37:6).

Permítenme darles un ejemplo. A Ammón se le envió a los lamanitas para enseñarles el evangelio. Llegó a ser sirviente del rey y con la ayuda del Señor pudo ganar su confianza. Ammón le enseñó el plan de salvación y redención al rey Lamoni. El rey creyó sus palabras y exclamó, "¡Oh Señor, ten misericordia! ¡Según tu abundante misericordia que has tenido para con el pueblo de Nefi, tenla para mí y mi pueblo!" (Alma 18:41). Y habiendo dicho

esto cayó al suelo como si estuviera muerto.

La reina mandó traer a Ammón y escuchó sus palabras. El le aseguró que su esposo no había muerto, sino que fue dominado por el Espíritu. Ella tenía gran fe en las palabras del profeta Ammón. El le exclamó, "Bendita eres por tu fe excepcional; y te digo, mujer, que nunca ha habido tan grande fe entre todo el pueblo nefita. . . . ¡Bendito sea el nombre de Dios, y bendita eres tú!" (Alma 19:10, 12). Y entonces ella también cayó al suelo, como también Ammón y todos los siervos.

Imagínense este cuadro. Parecía ser que el rey y la reina estaban muertos, y también un profeta poderoso. ¿Qué pensarían ustedes al ver tal escena?

Entró Abish, una mujer, una sirvienta humilde, "la cual se había convertido al Señor muchos años antes . . . y nunca lo había dado a conocer. Por tanto, cuando vio que todos los siervos de Lamoni habían caído a tierra, y que también su ama, la reina, y el rey . . . supo que era el poder de Dios" (Alma 19:16–17).

Fue inspirada a hacer una cosa simple. Corrió de casa en casa, contándoles a la gente lo que había sucedido. Ella sabía que ocurriría un milagro. Dentro de poco llegó una multitud y presenciaron algo que les cambiaría el destino.

Abish fue y tomó la reina de la mano, para tal vez levantarla del suelo; y tan pronto le tocó la mano ésta se puso de pie. Entonces la reina le tomó al rey de la mano. El se levantó con un nuevo corazón; y como resultado de esta experiencia una nación entera se convirtió al evangelio (Alma 19:29–30).

Nuestra hermana Abish estuvo en el lugar correcto en el momento preciso, y al escuchar los susurros del Espíritu y actuar, hizo un bien incalculable. También ustedes y yo podemos hacerlo.

Estoy agradecida por las escrituras y por la influencia poderosa que pueden tener en nuestras vidas. ¿Alguna vez han pensado ustedes dónde estarían sin ellas? ¿Se están tomando el tiempo para deleitarse en las palabras de Cristo? El Presidente Hinckley ha dicho, "Yo amo las escrituras. Amo estos maravillosos libros, los cuales exponen la palabra del Señor—dadas personalmente o por medio de los profetas—como guía para los hijos e hijas de nuestro Padre. Me encanta leer las escrituras, y trato de hacerlo regular y repetidamente. Me gusta citarlas, porque prestan autoridad a mis palabras. No proclamo ser erudito de las escrituras. Para mí el estudio de las escrituras no tiene como fin la erudición. Más bien las estudio por amor a la palabra del Señor y de sus santos profetas. Contienen tanto para cada uno de nosotros" ("Deleitándonos en las Escrituras", *Ensign*, dic. 1985, pág. 42–45).

Piensen en su pasaje preferido de las escrituras. Quizás sea el mensaje de Lehi sobre el árbol de la vida, o de Enós y su experiencia con la oración. Tal vez les encante leer acerca del nacimiento del Salvador o de Su sermón del monte. Somos altamente favorecidas al tener estas instrucciones a la mano. Yo testifico que nos acercaremos más al Señor a medida

que busquemos estas instrucciones. Además de leer nosotras, podemos también alentar a otros a estudiar y a aprender del evangelio.

Hay muchas maneras de estudiar. Probablemente cada una de nosotras hemos leído 1 Nefi cien veces. Ya saben ustedes lo que sucede. Nos comprometemos a leer y luego dejamos de hacerlo; entonces comenzamos de nuevo. Pero no tenemos que hacerlo. Podemos empezar en la parte donde paramos, o tal vez queramos empezar a estudiar por tema o por principio. Si necesitamos ayuda o aliento podemos estudiar con una amiga, o compartir nuestros pensamientos con otros por teléfono o aun por e-mail. Compartamos nuestros sentimientos acerca de lo que leemos. Hagamos que nuestro hablar y nuestro caminar sean reflejos del evangelio de Jesucristo.

El estudio de las escrituras bendecirá nuestra vida a medida que entendamos mejor las leyes de Dios.

Por medio de la obediencia a los mandamientos, aumentará nuestra rectitud personal, la cual abre la puerta a las bendiciones del cielo. José F. Smith dijo, "Dios honrará a aquellos que Lo honran a El, y recordará a aquellos que Lo recuerdan. Sostendrá a los que sostienen la verdad y que son fieles a la verdad, ahora y para siempre" (Conference Report, abril 1900, pág. 50).

En el libro de Romanos se nos dice que "Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos" (Rom. 5:19). Si queremos guiar a las mujeres del mundo a Jesucristo es esencial que obedezcamos los principios del evangelio. El buen ejemplo de ustedes ejercerá una gran influencia en las vidas de todos los que conocen. El Señor las necesita, y está esperando que se entreguen a El. Esto se hace por medio de la obediencia y de la sumisión a Su voluntad.

El autor cristiano C. S. Lewis escribió, "Cristo dice, 'Dámelo todo. Yo no quiero este tanto de tu tiempo y tanto de tu dinero y tanto de tu esfuerzo; yo te quiero a ti! No he venido para atormentar a tu ser natural, sino para matarlo. No valen las medidas a medias. No quiero podar una rama por aquí y otra por allá. No quiero arreglar el diente or ponerle corona. Quiero sacarlo. Entrégame el ser natural entero, todos tus deseos, tanto los que te parezcan inocentes como los que te parezcan inicuos—todos y cada uno. Yo te daré a cambio un nuevo ser. De hecho, yo te daré mi propio Ser; mi propia voluntad llegará a ser la tuya'" (*Mere Christianity*, pág. 153).

Hermanas, nosotras somos las mujeres a quienes se refería el Presidente Kimball cuando dijo, "El ser una mujer recta en cualquier época es algo glorioso. El ser una mujer recta en los últimos tiempos antes de la segunda venida de nuestro Salvador es un llamamiento especialmente noble. La fortaleza y la influencia de una mujer recta hoy en día puede valer diez veces más que en tiempos mas tranquilos. A ella se le ha puesto aquí para ayudar, enriquecer, proteger, y resguardar el hogar, lo cual es la institución más básica y más noble de la sociedad" ("Privilegios y Responsabilidades de las Hermanas", *Ensign*, nov.

1978).

Hermanas, ¿será que nos hace falta volver a leer La Proclamación sobre la Familia? Nuestros líderes nos han pedido que la leamos y entendamos, y que hablemos en defensa de la familia como la define la Primera Presidencia. Mediten en el papel significativo que juegan ustedes en el éxito de sus matrimonios, de sus hogares, del resto de la familia. Hagan de sus propios hogares un ejemplo de lo que el Señor quiere que sean. Yo sé que no siempre es fácil mantener una perspectiva eterna al estar corriendo entre el supermercado y los partidos de béisbol. Es difícil sentirse cerca de sus esposos cuando los dos tienen que ir por caminos separados para cumplir con todos los compromisos y quehaceres de un día sábado. Algunas de ustedes son madres solteras que intentan cumplir con los dos papeles. Algunas no se han casado y añoran tener los problemas que he mencionado. Estoy consciente de los problemas y las dificultades que muchas enfrentan, como también nuestro Padre Celestial lo está. Yo sé como se sienten porque he estado en circunstancias similares. Pero mientras más nos enfocamos en nuestros problemas, más grandes parecen ser.

Hace varios años yo me encontraba inundada de ropa sucia, platos sucios, y los quehaceres de la casa. Había tenido seis hijos en ocho años. Mi esposo tenía llamamientos en la iglesia que requerían de mucho de su tiempo, y además estaba empezando a poner un negocio propio. Aquellos fueron días de poco dinero y de ropa gastada. Era fácil desanimarme y sentir que la vida me estaba dejando atrás. A menudo me preguntaba, ¿Y qué de mí? ¿Cuándo va a ser mi turno? Me sentía como la personaje de una caricatura que vi hace poco.

En la caricatura una madre hablaba por teléfono mientras trataba de prepararle el biberón al bebé lloroso que estaba agarrado de su pierna. Otro pequeño le jalaba la otra pierna y le pedía que le leyera un cuento. Otro niño con vaso en la mano se había subido en una silla y le pedía agua. La cocina estaba llena de platos sucios. La hija estaba parada en la puerta con una amiguita, y le decía a la mamá, "Mamá, puede Emily quedarse aquí con nosotros? La mamá de ella trabaja!"

Un día fui a visitar a mi madre quien se estaba muriendo de cáncer. Empecé a quejarme, pero ella me levantó el ánimo al comentar, "Qué bendecida eres de tener hijos tan hermosos. Mira que fuertes y sanos son. Qué bendición tener un esposo que ama al Señor y le sirve." Por medio de su consejo reconocí la necesidad de agradecer lo que tenía, y aun de arrepentirme.

Esta experiencia me hizo cambiar de actitud. Ella me enseñó que una actitud de gratitud puede cambiar lo que sentimos en cuanto a la vida. Nos toca a nosotras adaptarnos a nuestras circunstancias y buscar soluciones en vez de sólo ver los problemas.

Me he dado cuenta que un sentimiento de sincero agradecimiento invita la paz. Y una de las mejores maneras que conozco de invitar a un espíritu de gratitud al corazón es de arrodillarnos en sincera oración. Todos podemos pensar en algo que agradecer. El profeta Alma recomendó, "Consulta al Señor en todos tus hechos, y él te dirigirá para bien; sí, cuando te acuestes por la noche, acuéstate en el Señor, para que él te cuide en tu sueño; y

cuando te levantes por la mañana, rebose tu corazón de gratitud a Dios; y si haces estas cosas, serás enaltecido en el postrer día" (Alma 37:37).

Aprendí otra lección significativa en aquella época de mi vida. Una noche, después de un día largo y desalentador, me arrodillé y derramé mi corazón ante me Padre Celestial. Estaba ya harta de mis circunstancias y quería un cambio. Después de exponerle mi situación, cerré los ojos y abrí la mente y el corazón.

Jamás olvidaré el mensaje tan claro que el Espíritu me mandó aquella noche. Se me dijo, "Olvídate de ti misma y piensa en otros." El principio de servicio ardía en mi corazón. Pensé en el ejemplo del Salvador y sentí el deseo de seguirle. Sabía que se me había enseñado una lección importante. Si tomamos un minuto para reflexionar nos damos cuenta que siempre hay alguien que sufre más que uno.

La Madre Teresa contó lo siguiente: "Una noche vino un hombre a decirme, 'Hay una familia con ocho hijos. Hace días que no comen.' Junté unos alimentos y fui a ver a la familia.

"Cuando llegué a la familia, vi las caras de los niños disfiguradas por el hambre. No había tristeza ni pesar en esas caras, sólo el dolor profundo del hambre.

"Le di el arroz a la madre de familia. Ella lo dividió en dos porciones y salió de la casa con la mitad. Cuando volvió le pregunté a dónde había ido. Me dio una respuesta sencilla: 'A casa de los vecinos. Ellos también tienen hambre.'

"No me sorprendió la respuesta, pues los pobres en verdad suelen ser muy generosos. Pero sí me sorprendió que la mujer se diera cuenta que los vecinos pasaban hambre. Por lo general cuando estamos sufriendo estamos tan enfocados en nosotros mismos que no tenemos tiempo para los demás. Esta mujer demostró algo del amor verdaderamente generoso de Cristo." ("Una Vida para Dios," *The Mother Teresa Reader*, pág. 82.)

Todas las mujeres de la Sociedad de Socorro podemos ser ejemplos importantes de servicio importante. Déjenme compartir una historia. Hace poco, después de discursar en una reunión, conocí a una linda mujer. Ella me dijo, "Hermana Smoot, yo estoy aquí a causa de una maravillosa presidenta de la Sociedad de Socorro quien ha sido parte esencial de la vida de mi familia. Mi madre sufrió un colapso nervioso y pasó los años de mi niñez en el hospital. Mi padre trataba de criarnos y de proveer para nosotros a la vez, y no fue fácil. Cada vez que esta querida presidenta hacía pan nos llevaba uno. Cuando hacía conservas nos llevaba diez frascos. Iba a menudo a la casa cuando no estábamos para hacer limpieza. No éramos miembros de la iglesia y ninguno de nosotros nos bautizamos mientras ella vivía. Pero espero que ella sepa que los cuatro niños ahora somos miembros activos de la Iglesia como resultado de su ejemplo y su servicio."

Es probable que aquella presidenta de la Sociedad de Socorro no vio los frutos de sus esfuerzos—al igual que me tatarabuela. Pero la caridad nunca deja de ser y su influencia

puede abarcar generaciones. Piensen en el bien que pasará de una generación a otra porque una presidenta de la Sociedad de Socorro se preocupó por una familia necesitada. Y nosotras podemos seguir su ejemplo.

Es posible que se estén preguntando, "¿Cómo puedo saber lo que el Señor quisiera que yo haga por El?" El Elder Henry B. Eyring dijo, "En este mismo momento podrían empezar a pensar en los que están bajo su responsabilidad. Si lo hacen con la intención de servirles, les vendrá a la mente una cara, o un nombre. Si hacen algún esfuerzo hoy para ayudar a esa persona a venir a Cristo, no puedo prometerles un milagro, pero sí puedo prometerles esto: que sentirán la influencia y la ayuda del Espíritu Santo, y sentirán su aprobación. Sabrán que al menos por esos momentos el poder del Espíritu estará con ustedes" (*Para Acercarse Más a Dios*, pág. 50).

Quisiera invitarles a tomar unos momentos ahora mismo, dondequiera que estén, para ofrecer una oración. Piensen en aquellas personas, quizás de su familia o sus vecinos, que ustedes creen quiénes serían los primeros en ser visitados por el Señor si El estuviera aquí. Me imagino que sería alguien que haya sufrido algún revés o tenido algún problema desalentador, o que tenga un impedimento físico. Piensen en alguien a quien ustedes podrían ayudar.

Ahora, hermanas, si se les vino a la mente una cara o un nombre, ofrezcan otra oración para saber qué es lo que nuestro Padre Celestial quiere que hagan por ellos. Ahora apúntenlo. ¿Están dispuestas a responder a esta inspiración durante esta semana? ¿Pueden ustedes imaginar los actos de amor que podrán resultar tan sólo del hecho de habernos reunido hoy? Seguirán uno tras otro estos hechos hasta que no seremos capaces de contarlos.

Esta es mi sociedad y mi socorro. Es el bienestar y es el servicio caritativo. Son las visitas de maestras visitantes y el hermanamiento. Es la retención y es la atención. Es el involucrarnos en una causa mayor que nosotras mismas. Se cambiarán nuestros corazones tal como los del Rey Lamoni y de su reina, porque el Espíritu Santo nos guiará a un nivel más alto. Seremos unidas en nuestros esfuerzos de elevar, de amar y de guiar a los demás al rebaño de Jesucristo. Esto es tomar nuestro turno con el bate y hacer un home run.

Hace poco recibí una carta de una hermana en la cual compartió la siguiente experiencia conmigo: "Una de las épocas más difíciles de mi vida vino poco después que mi esposo y yo nos casamos. Se nos había bendicionado con tres niños hermosos y sanos, pero yo luchaba para recobrar la salud. Pasé muchos días de malestar física y de desánimo. Temprano en la mañana de uno de esos días, tocaron la puerta de mi casa. Era mi vecina, una pequeña anciana que vivía en frente con su hija. Ella era una nueva conversa del estado de Kentucky. A pesar de sus propios problemas de salud, y sin que se le asignara hacerlo, fue a mi casa aquella mañana y me dijo simplemente, 'Vine a mecer al bebé.' Tomó mi bebé en los brazos y me mandó volver a acostarme. Me aseguró que se encargaría de mis pequeños. Yo protesté por unos 30 segundos y luego me acosté y dormí profundamente. Esa simple ayuda fue una bendición para una joven madre. Su tierno servicio dejó en mí una

huella duradera."

Varios años después esa madre se cambió a otro lugar. Sigue el relato: "Un día sonó el teléfono. Era una de las hermanas del barrio. Me dijo que le acababan de avisar que su padre estaba en el hospital en estado grave. Me pidió cuidar a sus hijos para que ella pudiera ir a acompañarlo. Yo estaba muy ocupada, pero dejé todo a un lado y me fui. Le toqué la puerta. Cuando ella puso su pequeño bebé en mis brazos, recordé la frase, 'Vine a mecer al bebé.' Me entró un sentimiento maravilloso. Estaba agradecida de poder encargarme de esos niños para que la mamá pudiera estar junto a su papá en el momento en que éste pasara de esta vida a la venidera."

Las cosas sencillas que hemos hablado hoy tienen la potencial de dar poder a nuestras vidas. Al servir a los demás estamos sirviendo al Señor. "En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis" (Mateo 25:40).

Hermanas, al acercarnos al nuevo milenio yo, como el Presidente. Hinckley, tengo una visión del bien incalculable que podemos hacer.

- Veo a maestras visitantes excelentes, elevando a sus hermanas por medio de las palabras y del ejemplo.
- Veo a hermanas disfrutando de la reunión de Economía Doméstica [Ciencia del Hogar], fortaleciendo amistades y aprendiendo principios del evangelio.
- Veo a hermanas en el día domingo con las escrituras y los corazones abiertos a la buena palabra del evangelio. Las veo dispuestas a obedecer, a arrepentirse y a mejorarse. Las veo unidas en ayuno y oración.
- Veo a hermanas con la vida centrada en el firme testimonio de Jesucristo y de su evangelio restaurado, recibiendo la guía del Espíritu Santo.
- Veo a hermanas aprendiendo y enseñando a otros, dando a muchos el deseo de leer, de estudiar, y de aprender.
- Veo a hogares que se han convertido en refugios, en donde se practica la oración, se leen las escrituras, se espera la bondad, y prevalece la unidad.
- Veo a hermanas trabajando en la historia familiar y la genealogía.
- Veo a hermanas vestidas de blanco caminando por los tranquilos pasillos de sagrados templos.
- Veo a hermanas trabajando unidas en presidencias y con el sacerdocio, hermanas que recuerdan la admonición del Señor en cuanto a la contención: "Y si no sois uno no sois míos" (D. y C. 38:27).
- Veo a hermanas que fijan valores familiares y que crean hogares de una crianza maravillosa.
- Veo a hermanas que se divierten juntas, se ríen juntas acerca de sus propios errores, y se tomen el tiempo de gozar de las flores y de la vida misma.
- Veo a hermanas que llenan el mundo con pequeños actos de servicio, escribiendo notas alentadoras, visitando a sus vecinos, escuchando a sus niños.
- Veo a hermanas que tienen "la mira puesta únicamente en la gloria de Dios" (D. y C. 4:5).
- Veo a hermanas aprovechando la noche de hogar no solamente para jugar sino

también para enseñar.

- Veo a hermanas sirviendo diariamente a sus familias inmediatas y también a los demás familiares, recordando los deberes diarios que parecen rutinarias pero que son esenciales.
- Veo a hermanas enfocadas como líderes en traer a las mujeres y a sus familias a Cristo.

En otras palabras, ¡las veo a ustedes!

No debemos preocuparnos por lo que en la historia se escriba de nosotras. Dejemos que nuestros hechos hablen por sí mismos. Pero les prometo que habrán personas que ustedes hayan tocado en momentos sencillos que contarán la historia a los demás. Y se preguntarán de ustedes, "¿Cómo lo hizo? ¿Cómo fortaleció tanto su fe? ¿Qué hubiera hecho yo en sus circunstancias?" Los de la próxima generación testificarán que llevamos la antorcha de la obediencia y se la entregamos resplandeciente a ellos, que aprovechamos al máximo nuestro turno con el bate.

El Presidente Boyd K. Packer nos insta a "¡tomar el partido de la Sociedad de Socorro! ¡Fortalézcanla! ¡Asisten a ella! ¡Dedíquense a ella! Alisten a las menos activas y traigan a las que no son miembros bajo su influencia. Esta es la hora de unirse en este círculo mundial de hermanas. Una Sociedad de Socorro fuerte, bien organizada es esencial para el futuro y para la seguridad de esta Iglesia.

"Vamos con cuidado hacia adelante entre las tinieblas del futuro. Escuchamos los truenos de la tormenta que se acerca. Las vías estrechas del pasado han sido una prueba preliminar y preparatoria. El asunto de esta dispensación ahora se revela delante de nosotros. Afecta la vida de cada hermana. No temblamos, no tememos—en sus manos tiernos llevan la luz de la rectitud. Esto bendice a los hermanos y nutre a nuestros hijos." (Véase *Ensign*, nov. 1980, pag. 111.)

Oro para que podamos captar la visión que tienen el Presidente Hinckley y el Presidente Packer para las mujeres de la Sociedad de Socorro. Testifico que el papel de cada una de nosotras es esencial para el cumplimiento de la obra que tenemos por delante. Que puedan sentir el amor que nuestro Padre Celestial y Jesucristo tienen para cada una de ustedes. Testifico que El vive, y que nos ama. Y al captar nosotras la visión de nuestro papel esencial en estos tiempos, por medio de las cosas pequeñas y sencillas las grandes cosas se llevarán a cabo.